

EL GUADUAL

EL GUADUAL

Yeisi Cifuentes Vargas

Copyright © 2019 Yeisi Cifuentes Vargas
All rights reserved.
ISBN: 9798280337084

A Isabel Vargas, mi madre, gran narradora de historias.

Era un poco más del medio día un jueves de junio a inicios del verano en Río Negro, tiempo cuando el calor empieza a incrementarse rápidamente. Era la hora boba, nombre que le dan los habitantes del pueblo al tiempo entre el medio día y las dos de la tarde. En la hora boba el calor es intenso, tanto que las almas callejeras se ven obligadas a buscar refugio. Solo un bobo estaría a esa hora haciendo trabajo alguno afuera. Sin exagerar, en Río Negro a esa hora cesaba cualquier actividad. Los habitantes se tomaban muy en serio el receso. Ese jueves, en plena hora boba, llegó un bus con un grupo pequeño de pasajeros entre los que venía Francisco Castillo, un joven alto, de buena estampa, atractivo si se quiere, proveniente de la capital. El bien vestido muchacho bajó del bus con un morral en su espalda y una mochila terciada en su hombro izquierdo. Llevaba puestas unas gafas oscuras y una gorra con el logotipo de una empresa inmobiliaria.

«*Que calor tan agobiante!*» Se dijo para sí mismo Francisco mientras bajaba del bus. «*Esto debe ser lo más parecido a estar metido en un borno.*» Decía entre dientes el joven a quien le parecía inverosímil estar completamente empapado en sudor. «*Este calor es infernal. Necesito una ducha fría ya.*»

Aunque Francisco sabía de antemano que era temporada de verano en la población, pareció sorprendido por la alta temperatura que azotaba el pueblo. El pobre estaba descubriendo en carne propia el significado de 38 grados Celsius. A Francisco, un muchacho acostumbrado al frío de páramo de su tierra, el calor lo sofocaba al punto del desespero, por eso había decidido visitar Río Negro al inicio del verano con la equivocada esperanza de encontrar un clima todavía fresco, que fuera más generoso con su friolenta humanidad. Francisco caminó en dirección a la tienda de la estación de buses en busca de sombra, que además a esa hora era la única tienda que estaba abierta. Descargó su morral en el suelo y fue al mostrador para comprar una botella de agua fría.

—¡La botella de agua más fría que tenga, por favor!
—pidió Francisco a la mujer que lo estaba atendiendo mientras secaba el sudor de su cara con la manga de su camisa. Después se sentó en una de las sillas del local.

Unos minutos después, un hombre de estatura mediana, robusto, de tez blanca, pero notoriamente bronceado por el sol que llevaba puesto un sombrero blanco se le acercó al distraído y acalorado Francisco.

—Buenas tardes joven —dijo aquel hombre.

Francisco reconoció de inmediato esa voz, se levantó de la silla y le estrechó la mano al fulano mostrando con ello respeto.

—Me alegra verlo, José. ¿Cómo ha estado?

—Muy bien. Gracias por preguntar, joven. ¿Cómo está usted?

—Estoy bien, José —atisbó a decir el muchacho dejando emerger un suspiro algo desalentador ahora que tenía con quien quejarse—. Como puede ver, el calor está haciendo de las suyas conmigo. Me habían dicho que iniciando la temporada de verano la temperatura no superaba los 30 grados Celsius, pero estando aquí siento que la temperatura está muy arriba de eso. Me estoy cocinando vivo con este calor. Me siento sofocado. Pensé que encontraría un clima más fresco con un paisaje verde y florecido, pero la resequedad del suelo y todo alrededor muestra que no llueve hace mucho.

—Es verdad todo lo que está diciendo —reconoció José— Aunque olvidaron decirle que aquí el clima cambia inesperadamente y con brusquedad. No se extrañe si de repente, en medio de este solazo, nos cae un chaparrón. Ya se acostumbrará. ¿Qué tal si por ahora nos vamos?

Francisco estuvo de acuerdo, entonces tomó del suelo su morral y caminó a la par con José unos cuantos metros en dirección norte donde, bajo la sombra de un árbol, estaba parqueado un Jeep verde. Era el vehículo en el que había llegado José para recoger al joven capitalino.

—No sé si me voy a acostumbrar al clima de esta tierra —comentó Francisco mientras José iniciaba marcha en el Jeep—. Pero lo que sí sé es que quiero estar bajo la sombra tomándome una cerveza helada. ¿Cuánto tiempo dice que nos tomará llegar?

—No dije aún cuanto tiempo —contestó José quien permaneció en completo silencio mientras conducía.

Por aproximadamente unos 15 minutos José condujo sobre lo que parecía ser la vía principal de acceso a Río Negro. Luego dejó esa carretera para ir por una vía más rudimentaria y angosta. El camino era polvoriento, con muchos huecos y piedras. No se veía más que montañas y tierras de cultivo. Por sobre aquella carretera viajaron un poco más de media hora. Luego José estacionó el Jeep frente a una vivienda, bajó del carro y Francisco le siguió. En aquel punto no había más que esa casa y unas vacas pastando dentro de un lote alambrado. José le dio pausa al silencio para pedirle a Francisco que lo esperara cerca del Jeep, que regresaría en unos minutos para continuar el camino. José entró en la casa y luego de unos minutos salió con un costal en la mano, caminó hasta la parte trasera del Jeep, sacó varios paquetes de arroz y harina y los puso dentro del costal.

—Tenemos que seguir el camino a pie, porque para llegar hasta el rancho, solo hay un único camino de acceso y es demasiado estrecho para seguir en el vehículo —indicó José.

Francisco tomó su equipaje del Jeep y con cierto desconsuelo por tener que seguir el camino a pie bajo el solazo de ese día, siguió a José sin rechistar por un rato.

—Hemos caminado unos treinta minutos, tal vez más y aún no veo la casa. ¿Falta mucho para llegar? —Preguntó el joven luego de revisar la hora en su reloj de pulsera.